

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
Eyes Wide Shut

Autor/es:
Rodríguez, Hilario J.

Citar como:
Rodríguez, HJ. (2000). Eyes Wide Shut. Banda aparte. (17):7-7.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42397>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EYES WIDE SHUT

Stanley Kubrick, USA, 1999, Color, 159 min.

La llegada del espectador ante la pantalla es muy a menudo una suerte de experiencia que no sirve sino para afianzar algo anterior o sobrepuesto por encima de un filme. Unas determinadas circunstancias de promoción, voluntaria o involuntaria, puede hacer ver con más nitidez que las mismas imágenes; por eso hay quienes casi no necesitan materializar su experiencia con respecto a un filme, pues lo han visto sobradamente con anterioridad, encarnado en la tiniebla de los sueños o en el imaginario continente de lo supuesto. En ese sentido un exceso de información previa es capaz de robarle autonomía al público, sepultarlo bajo un aparato logístico para prevenir sorpresas desagradables. Pero esa falta de entrega total, sin cotilleos interpuestos, esa desconfianza a menudo redundante en una imposibilidad de acabar seducido. Al final, aunque las experiencias estéticas prueben una y otra vez su intransferibilidad, se restan vida propia, dejan de ser libres y se encadenan a las obras de arte, volviéndolas mecánicas, como si se tratase de simples marionetas que cada cual puede manipular a capricho.

También el último filme de Stanley Kubrick, *Eyes Wide Shut* (1999), entra en la categoría de obras que uno conoce a la perfección, o eso cree, antes de ser siquiera estrenadas. Su dilatada realización, con cambios incesantes en el reparto, además de la promesa de fuertes escenas de sexo, hacían prever lo nunca visto, cosa que, por supuesto, no podía ser. Incluso *Relato soñado* (El acantilado, Barcelona, 1999), de Arthur Schnitzler, la novela en la cual se basa el filme, fue convenientemente reeditada con varios meses de adelanto al estreno de su traducción cinematográfica; y ahora acaba de aparecer *Aquí Kubrick* (Mondadori, Barcelona, 1999), del guionista del filme, Frederic Raphael, un libro donde éste cuenta su relación con el cineasta y precisa alguna información muy valiosa sobre el proceso de escritura del guión de *Eyes Wide Shut*. Eso sin contar con la muerte de Kubrick, lo cual le da categoría de canto de cisne al filme, confiriéndole asimismo el eco de un mensaje de ultratumba, hablar desde el más allá. Demasiadas coincidencias para escapar a una mitificación o a una iconoclastia previas.

Sin embargo, si uno se olvida de los excesos de comodidad y se instala en el interior de este filme, no sin cierta sensación de encantamiento, turbación, algo así como estar siguiendo la estela de un sueño, aunque no el sueño propiamente dicho, podrá llevarse una gran sorpresa, aun en el caso de quien no apreciase sobremanera el resto de la carrera de Kubrick. Porque *Eyes Wide Shut*, construida con el patrón arquitectónico de su director, sin en ningún caso rehuir su sempiterno manierismo, encuentra una perfecta simbiosis entre su forma y su contenido, aparte de no estar aquejada de un *raccord* cuestionable, por mucho que sea difícil entender, al menos de buenas a primeras, ciertos insertos de Alice (Nicole Kidman) en escenas donde ella no interviene físicamente. Y por si fuera poco, su hermetismo narrativo, tan normal en la obra de Kubrick, a quién sólo le interesaba ser capaz de mostrar, jamás explicar, aquí tiene una congruencia obvia al tratar un proceso de consciencia que en realidad sumerge a su protagonista, Bill Harford (Tom Cruise), en un periplo cuasi onírico por la ciudad de Nueva York, hasta regresar, como un cordelillo asustado, a los brazos de Alice, su mujer, para contarle sus



Eyes wide shut

extrañas experiencias con diversas mujeres y, en especial, en una orgía adonde no fue invitado, en la cual está a punto de perder la vida. Ella le saca de su confusión, aconsejándole, por si fuera poco, una terapia de choque si ambos quieren volver a reencontrarse en algún momento: follar.

Aunque el guión funciona al milímetro, curiosamente siguiendo con un sentido escrupuloso la historia de Schnitzler, propone un argumento mucho más pluriséptico que el de la novela, ahogada por su exclusivo planteamiento psicologista, y deja al espectador navegando en una construcción desmembrada, pero que, con paciencia, se puede recomponer. Nada en el filme ha sido abandonado al azar, más viniendo de un director capaz de realizar cien tomas de un plano sin diálogo de alguien mientras abre una puerta, y a quien le preocupaba saber con exactitud hasta los datos más nimios en torno a sus personajes, desde el sueldo que ganarían si fuesen seres de carne y hueso a cosas por el estilo. De ese modo, hay una orquestación muy compacta de la iluminación, el vestuario, el diseño de producción o el sonido, cuya apoteosis sería el sentido interno de las escenas contrapunteadas musicalmente, muchas de las cuales desvelan las grandes dotes de Kubrick para crear atmósferas ominosas, en este filme despojadas de cualquier explicitud, llegando en ocasiones a lo intolerable, en especial durante la escena de la orgía, donde lo importante no es cuanto sucede, sino su significación negada, su opacidad, la certeza de hallarse en medio de una conspiración que uno no llega a saber contra qué atenta ni por qué.

Como los grandes relatos de viajes, *Eyes Wide Shut* atraviesa un territorio nuevo, en su caso no para mostrar algo foráneo al ojo, inopinado, sino algo en cuya red combinatoria reside la solución de un acertijo que ni siquiera llega a plantearse, ya que si lo que pretende es alcanzar la verdad, nunca llegará a ella. Al fin y al cabo, "la realidad de una noche, incluso la de toda una vida humana, no significan también su verdad más profunda" (Schnitzler, *dixit*). Tal vez la importancia real del arte no sea otra que enunciar enigmas sin solución, para permitir a cada uno vivir como le dé la gana en su interior, libre de normas y ataduras, entregado a un mundo que puede ver, pero donde no puede introducirse por completo, o de lo contrario todo pasaría a pertenecerle, ahogándose en última instancia en la opulencia de una sociedad aburrida que debe buscar sus estímulos en la ritualización de sus propios vicios, no vayan a irse convirtiendo en meras costumbres.

HILARIO J. RODRÍGUEZ